

REFLEXIONES PARA EL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO
19 de diciembre de 2021

El Monte ~ La Residencia en Littledale

Hoy, nuestras velas de la Corona de Adviento están completamente encendidas, guiándonos en estos días que conducen directamente a la Navidad. La lectura del Evangelio nos ofrece dos guías vivientes, las dos mujeres que nos conducen a través de las fronteras del tiempo y del espacio hacia este nuevo momento de la historia. El breve pasaje del Evangelio es una historia familiar, que nos da el consuelo de lo conocido, y una historia sorprendentemente nueva, que nos llama a lo desconocido.



María acaba de comprometerse en presencia del ángel Gabriel: "Aquí estoy, sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Esta adolescente embarazada y soltera no sólo se ha enterado de que va a quedar embarazada, sino que su anciana prima Isabel también lo está. Isabel, al quedarse embarazada, se había recluido diciendo: "Esto es lo que ha hecho el Señor por mí, al mirarme con buenos ojos y quitarme la desgracia que he sufrido entre mi pueblo" (Lc 1,25).

Estas dos mujeres conocen la forma en que la sociedad las ve como deshonradas: Isabel porque ha sido estéril durante mucho tiempo, y María porque está embarazada pero no está casada. El primer instinto de María es correr hacia Isabel -quizás por el bien de ambas- para ayudar a Isabel y encontrar seguridad para sí misma. María e Isabel -la joven y la anciana, la soltera y la casada, la socialmente establecida y la socialmente vulnerable- comparten la belleza y el don de la comunidad, amándose, apoyándose y nutriéndose mutuamente. Como describe Henri Nouwen este momento, "La intervención más radical de Dios en la historia fue escuchada y recibida en comunidad".

Lo que se desarrolla en su encuentro es incomprensible. Dos profetas se encuentran ("llenos del Espíritu Santo"); juntos, anuncian la llegada del nuevo tiempo. Isabel bendice a María dos veces: la primera, porque María está embarazada ("la madre de mi Señor") y la segunda, porque María ha creído en la promesa hecha por Dios y ha aceptado formar parte de su desarrollo. Aunque la traducción al español utiliza la misma palabra "benedecida", en griego las dos palabras son diferentes (eulogemene/os y makaria), lo que muestra el sentido de dos tipos diferentes de bendición. Las palabras de Isabel se hacen eco de las bendiciones de Moisés en el libro del Deuteronomio cuando el pueblo se prepara para entrar en la Tierra Prometida: "Bendita seas en la ciudad y bendita en el campo. Bendito sea el fruto de tu vientre, el producto de tu tierra y la descendencia de tu ganado" (Dt 28, 2-4). Esta antigua bendición reconoce la interconexión de toda la creación de Dios.





En los siguientes versos de Lucas se escuchan las palabras de María: "Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque Dios ha mirado con buenos ojos la humildad de esta sierva. Ciertamente, desde ahora todas las generaciones me llamarán dichosa" (Lc 1, 46-48). Dietrich Bonhoeffer describe el Magnificat de María de esta manera: "Es a la vez el himno de Adviento más apasionado, más salvaje, incluso podría decirse que el más revolucionario jamás cantado. No es la María dulce, tierna y soñadora que a veces vemos en los cuadros. . . Este canto no tiene

el tono dulce, nostálgico o incluso juguetón de algunos de nuestros villancicos. Es, en cambio, una canción dura, fuerte e inexorable sobre el poder de Dios y la impotencia del ser humano."

La primera lectura de Miqueas se hace eco de este sentido del Dios que mira a los impotentes y a los olvidados, a los menos importantes, para anunciar la buena noticia: "Tú, Belén de Efrata, que eres uno de los pequeños clanes de Judá, de ti me saldrá el que ha de gobernar en Israel, cuyo origen es desde siempre, desde los días antiguos" (Miq 5,2). Y este que ha de venir tiene cualidades inusuales para un gobernante y guerrero, "estará de pie y apacentará el rebaño con la fuerza del Señor. . . será grande hasta los confines de la tierra; será el de la paz" (Miq 5,3-5). Este apacentará el rebaño, será grande hasta los confines de la Tierra, será el de la paz. Aunque entendemos fácilmente lo de apacentar el rebaño y traer la paz, sólo en los últimos años hemos visto también lo de llegar a todas las criaturas de la Tierra, humanas y no humanas.

¿Qué significa todo esto para nosotros? Meister Eckhart nos da una respuesta sencilla pero profunda: "Todos estamos destinados a ser madres de Dios". ¿De qué me sirve que este nacimiento eterno del Hijo divino se produzca sin cesar, pero que no se produzca dentro de mí? Y, ¿de qué me sirve que María esté llena de gracia si yo no estoy también llena de gracia? ¿De qué me sirve que el Creador dé a luz a su Hijo si yo no lo doy a luz también en mi tiempo y en mi cultura? Esta es, pues, la plenitud del tiempo: Cuando el Hijo del Hombre es engendrado en nosotros".

Esta Navidad, como todas las Navidades, viene a recordarnos una vez más que estamos invitados al cumplimiento de la promesa de Dios como lo estuvieron Isabel y María. Nuestra respuesta nunca será en un momento dado. Por el contrario, renovamos nuestro compromiso con la promesa, individualmente y en familia o en comunidad, una y otra vez. El verano pasado, las Hermanas de la Misericordia renovaron su promesa como congregación de "hacer misericordia": Imaginando el Rostro de Dios en toda la Creación ~ Misericordiendo: Siendo Imagen del Rostro de Dios en Toda la Creación". ¿Cómo renovaremos nuestra promesa en este tiempo de Navidad? ¿Cómo "daremos a luz a Jesús en nuestro tiempo y en nuestra cultura"? ¿De qué manera seremos "madres de Dios" en este próximo año? ¿Cómo engendrará el Hijo del Hombre en nosotras?

Dios no nos invita a la promesa y luego nos deja encontrar el camino por nuestra cuenta. En el Salmo 80 de hoy, el salmista clama tres veces: "Restáuranos, Dios de los ejércitos; haz brillar tu rostro, para que nos salvemos" (Sal 80, 3, 9, 17). Una mujer anciana, casada, socialmente establecida y deshonrada, junto con una mujer joven, soltera, socialmente vulnerable y deshonrada, nos enseñan con su presencia a confiar en que el Dios que hace la promesa cumple la promesa. "La misericordia de Dios es de generación en generación" (Lc 1,50). Sólo tenemos que decir "Sí".

En un hermoso poema-oración, la escritora espiritual [Jan Richardson](#), habla de cómo María fue recibida por Isabel y de cómo debemos ser recibidos nosotros cuando decimos nuestro "Sí":

Apenas sabías el hambre que tenías de ser recogido
de recibir la bienvenida que te invitaba a entrar por completo -
nada de ti te resultaba extraño o ajeno,
nada de tu vida que se te pidiera dejar atrás
o que llevaras en silencio o con vergüenza.
Los pasos tentativos se convirtieron en un asentamiento,
apoyándote en la bendición que te envolvía,
ocupando tu lugar en el círculo
que te sorprendió con su gracia inimaginada.
Empezaste a respirar de nuevo, a moverte sin miedo,
a decir con abandono las palabras que llevabas
en tus huesos, que resonaban en tu ser.
Aprendiste a cantar.
Pero el trato con esta bendición es que no te dejará en paz,
no te dejará permanecer en la seguridad, en la inmovilidad.
Llegará el momento en que esta bendición te pedirá que te vayas,
no porque se haya cansado de ti, sino porque desea que te conviertas
que te conviertas en el santuario que has encontrado -
para decir tu palabra al mundo,
para contar lo que has oído con tus propios oídos,
visto con tus propios ojos, conocido en tu propio corazón:
que eres amado, precioso hijo de Dios, hermoso de contemplar,
y que eres bienvenido y más que bienvenido aquí.

Deleitémonos en ocupar nuestro lugar en el círculo que nos aturde con su gracia inimaginada.
Convirtámonos en el santuario para los demás que hemos encontrado para nosotros mismos.

¡Feliz cuarto domingo de Adviento!